

Algar  Colección CALCETÍN

El enigma de Omblívicus

Xosé A. Perozo



Entre el amor y la guerra

A Cali las predicciones del horóscopo le causaban cierto desasosiego desde que un día las descubrió en el periódico y su abuelo le explicó todo el entramado de la astrología. A partir de aquel momento supo que, por nacer en diciembre, pertenece al grupo de los Sagitario. Después, queriendo y sin querer, tuvo conocimiento de las características de los nacidos a la sombra del centauro y comprobó que muchas coincidían con su carácter o con su forma de actuar. Por ejemplo, dicen que los sagitario tienden a ser orgullosos y Cali, analizándose fríamente, cree que lo es. A sus doce años recién cumplidos está muy seguro de sí mismo, incluso presume más de lo debido de ser alto, tener los ojos azules y un pelo rubio que hechiza a las niñas de sexto. Aunque en séptimo a más de una se le escapa la mirada hacia su pupitre mientras don Raimundo se enreda entre los números explicando matemáticas.

Por cierto, ni las matemáticas ni las ciencias sociales son materias fuertes de Cali. Le dijeron demasiadas veces que es muy inteligente y se lo creyó hasta el punto de no pegar golpe. Y así le va. Sin embargo, la vanidad no figura entre las características de los Sagitario, por lo menos en el manual que posee el abuelo de Cali. Lo que sí pronostica el libraco es que acostumbran a tener mucha suerte. A Cali no le falta. Siempre sale victorioso de los atolladeros. Casi sin proponérselo, el milagro de la buena suerte viene en su ayuda a última hora. Por eso consigue aprobar los cursos en junio. Aunque no es menos cierto que lo consigue por los pelos y pasa por encima de las asignaturas como si caminara por un brasero de carbones encendidos.

Pero dejemos los temas relacionados con el colegio, so pena de aguar la historia antes de tiempo. Los sagitarios que acostumbran a tener un temperamento controlado, cuando les atacan sus debilidades se salen por la tangente. Y si te he visto no me acuerdo. Cali es generoso, más moralista y conservador de lo que corresponde a su edad, optimista, alegre... ¡Tanto que vende el alma al diablo con tal de que le rían una gracia! Algo ligón, aunque un poco tímido con las chicas que le gustan y, al mismo tiempo, realista e imaginativo. Como se podrá ver, ¡todo un poema de muchacho! Una perfecta personalidad contradictoria. Tampoco se le puede pedir mucho a los doce años.

Hay una cosa que fascina a Cali. Imaginar historias y llegar a creerlas. Hace algún tiempo se inventó una novia para fardar delante de los colegas de la pandilla, pero ha contado tantas trolas sobre ella que ya no está seguro de que todo sea una mentira. Según sus cuentos, la supuesta novia se llama Susana, es algo pelirroja y muy simpática, vive en un lugar de la costa donde él suele veranear y asegura que el verano pasado le dio un beso. Cosas de Cali.

También es cosa de Cali esa manía que tiene de ir dándole patadas a las piedras. En Omblívicus, su pueblo, todavía se encuentran piedras por las calles, algún que otro burro transportando las más disparatadas mercancías, que pregonan sus dueños, y los niños tienen espacio y lugar para jugar al fútbol. Siempre que no rompan los cristales de las ventanas con el balón o no salga la típica vecina inconformista, gruñona y armadanzas que los espanta del lugar a escobazos. Cali, al salir de casa, suele encontrar alguna piedra cerca e inmediatamente la emprende con ella. Le da patadas flojas o fuertes, según vea. Hace como que juega a la pelota, regatea y, algunas veces, las menos, se empeña en encajarla en las alcantarillas o en el desagüe de un canalón. Cosas de Cali.

El día en que comienza esta historia era jueves. No había clase porque los profesores estaban en huelga. Pedían aumento de sueldo y el Gobierno no estaba dispuesto a concedérselo. Por lo tanto, Cali no madrugó,

otra de sus pesadillas. Salió a la calle muy repeinado y lavado, dispuesto a encontrarse con el resto de la pandilla. No habían quedado a una hora determinada en la plaza Mayor, la del agujero, la más grande de Omblívicus y de la que ya os hablaré. Él fue el último en llegar, dándole patadas a una pequeña piedra gris y negra. Paco, Próspero, Quique, Nacho, Juli y Rafa estaban sentados en un banco tomando el sol y hablando del buen día que hacía, de las chicas de clase y de una película de indios que «echaban» por la tarde en la tele. Nano y Tinín jugaban a clavar un pincho de hierro en una diana dibujada en la tierra de la plaza. Porque también tenéis que saber que muchas calles y esta plaza Mayor de Omblívicus no han sido asfaltadas. Próspero, a quien todos llaman Pero, sugirió bajar hasta el río a cazar ranas, sapos y renacuajos para hacer experimentos.

Al principio lo miraron un poco desganados. Próspero tiene fama de andar siempre entre bichos, lagartijas, moscas, ratones... a quienes somete a los más crueles martirios. Sin embargo, sabe suficiente de todos ellos y piensa estudiar la carrera de veterinario, como un tío suyo. Se crió entre animales, pues su abuelo es herrador y también los sabe curar. Su padre tiene una tienda de piensos compuestos y la abuela una granja de gallinas y conejos. Además, presume de ser el capitán de la pandilla, aunque Quique y Cali no están muy de acuerdo. La idea fue calando en el ánimo aventurero

de todos y en menos de un santiamén emprendieron la marcha. Nacho puso una objeción.

—Hay que tener cuidado de no chocar con los de Figueiras.

—¿Te dan miedo los *churris*? —preguntó Pero.

—¿A mí...? —respondió ofendido Nacho—, tú estás tonto. Sólo lo decía por precaución...

Entre la gente de Omblívicus y la de Figueiras existe una vieja y tonta rivalidad. Son dos pueblos vecinos que tradicionalmente se pasan la vida hablando mal los unos de los otros. Los muchachos de los dos lados no se atreven a cruzar el río que los separa y, cuando baja seco, montan auténticas guerras en su lecho. Alguna vez, cuentan, incluso hubo heridos a pedradas. Son muy escasos los matrimonios entre la gente de Figueiras y la de Omblívicus. Los alcaldes, en las fiestas mayores, siempre hablan de hermandad y de reconciliación pero nunca sellan la paz. Pienso que nadie desea firmarla de verdad. Los omblivicenses llaman a los de Figueiras por el apodo de *churris* y los de Figueiras dan a los de Omblívicus el sobrenombre de *llorones*.

Así las cosas, Nacho tiene razones suficientes para pedir precaución al resto de la pandilla, pero casi nadie lo escucha. Los nueve compañeros enfilan las callejuelas de salida del pueblo y, cuando dejan a sus espaldas los últimos corrales y cercados a medio encalar, emprenden una veloz carrera por el sendero que lleva al

río. Próspero comienza a retrasarse, con un tirón en la ingle, y grita:

—¡Alto todos, alto!

Se detienen a esperarlo.

—Nadie puede adelantar al capitán, que para eso soy el capitán.

Cali, que iba en cabeza, le hace frente.

—¡Y un cuerno, Pero! Se es capitán por ser el primero, el más valiente, el que más corre y el mejor estratega. Lo contrario es absurdo. Si quedas el último, no serás el jefe...

—Es que me dio un dolor...

—¡Bah!, siempre con excusas, tiene razón Cali
—apunta Quique.

Y siguen andando despacio hasta escuchar el rumor del río.

El agua golpea en los cantos. Huele a juncos, a hinojos y a jaras en flor. Suenan las campanas del reloj de Omblívicus. Doce campanadas. Inmediatamente, sin superponerse, el reloj de Figueiras también deja caer en los campos la misma señal horaria.

—Los *churris* van treinta segundos atrasados —dice Rafa—, les ganamos en todo.

El río no es más que un hilo de agua y darle el título de tal es bastante generoso. Debiera de conformarse con el calificativo de riachuelo grande o de arroyo; sin embargo, para la pandilla es comparable al Mississippi o al Amazonas y el nombre, *Gadapaucus*, tiene

una cierta sonoridad cariñosa. A su alrededor todo es humedad y forma pequeñas islitas jamás estables, que hoy aparecen y mañana no existen. Y muchos regajos y charcos en los que las ranas y los renacuajos viven la vida placentera de los ociosos.

—Hay que acercarse en silencio —dice Pero—. Elegiremos un charco y lo rodearemos lentamente. En cuanto avistemos las ranas las vamos cogiendo una a una sin espantar al resto. Por esta época podremos cazar algunas de san Antonio entre los juncos y en las hojas más grandes.

—Las de san Antonio me dan pena —se interpone Juli—, tan verdes, tan indefensas y pequeñas...

—¡Bah! Ya salió el sentimental... También son ranas.

Próspero ejerce de capitán. Da instrucciones y desprecia olímpicamente los arrebatos de debilidad como éste de Juli. Se introducen en la charca más grande y menos profunda. Aunque intentan no salpicar, en un primer instante una legión de ranas salta desde todos los sitios y se pierde entre la vegetación y el agua.

—Hay que dejar que se confíen. Quedaos todos inmóviles, como estatuas de mármol —ordena Pero.

Y con la mirada fija en el fondo limoso, en las piedras, en las hojas... nadie mueve un párpado. Con-tienen la respiración, todos los músculos en tensión, las manos preparadas.

Se escucha nítidamente el cantar del agua contra los cantos rodados, el croar de otras ranas lejanas, e incluso el diálogo que mantiene el sol con las plantas. De vez en cuando cruza volando un pajarito, que va de rama en rama y canta. El calor de la primavera se pega a la lana de los jerseys y molesta. Mientras tanto el frío del agua se apodera de los calcetines y llega hasta los huesos de los talones.

—«Mañana estaremos todos resfriados» —piensa Juli.

Pero no dice nada por miedo a la burla y a espantar la pesca o la caza, que no sabemos muy bien si esto de atrapar ranas es lo uno o lo otro.

Al entrar en la charca se enturbió el agua, pero en muy poco tiempo volvió a estar limpia y transparente. Algún pececillo va y viene culebreando, como si existiesen caminos invisibles en el fondo. Un grupo de renacuajos pasa por entre las piernas de Nacho, sin que él les preste atención porque está ensimismado contemplando como un tritón desconfiado entra y sale jugando al escondite. Próspero descubre algo más interesante y le hace señas a Quique. Los dos se entienden con la mirada. Una culebra de agua, de piel verde amarillo vivo, con dibujos grises, se acerca confiada luciendo su collar anaranjado. A Quique estos bichos le dan asco y un poco de miedo supersticioso, aunque Pero le ha dicho mil veces que no son venenosos. Con gestos mudos deciden cortarle el paso y prenderla. Ta-

rea difícil pero no imposible. Próspero suele ser muy hábil en estas lides. La culebra presiente el peligro. Se detiene.

¡Plaff!

En ese preciso instante cae un pedrusco en el centro de la charca salpicando a todos los amigos y un grito surge de la maleza.

—¡Malditos! —grita Pero—, ¡era una *Natrix natrix!* —sin embargo no hay tiempo para lamentos—, ¡son los *churris!* ¡Protegeos!...

Antes de que puedan sobreponerse a la sorpresa, les llueven piedras de todos los sitios. Los de Figueiras están bien atrincherados entre las rocas y los árboles, con munición suficiente para tumbar al ejército de Carlomagno, y armando tanto follón que parecen los cien mil hijos de san Luis. Cada cual actúa según su libre albedrío, sin orden ni concierto, con el pánico pintado en la mirada. Paco ensaya un cuerpo a tierra y se tira en medio del charco. Próspero se esconde tras unas rocas y arrastra a Quique, que ha perdido un zapato en el barro. Nacho, Juli y Rafa consiguen llegar al camino corriendo sin recibir una sola pedrada, completamente empapados. Nano sangra por una rodilla escondido detrás de un tronco, entre unas matas. Cali y Tinín saltan como gamos desorientados por entre los juncas, primero juntos y después cada uno por su lado. En cinco minutos, no queda a la vista un solo omblivicense. Los de Figueiras les llaman de todo, pero

lo que más le duele a Quique es que los tomen por cobardes.

–¡Nos sorprendieron a traición! ¡Lo pagarán caro!

Ya en el camino, hacen recuento. Paco, con más barro encima que un perro sarnoso, se queja de una pedrada en la espalda. Nacho muestra una pierna que parece un confuso mapa de carreteras, completamente surcada de arañazos sangrientos.

–Me llevé un zarzal por delante...

La rodilla de Nacho tiene mal aspecto. Aunque se la vendan con dos pañuelos anudados, sigue sangrando. Próspero está rabioso e indignado.

–Se han burlado de nosotros, pero esto no queda así. Ya tenía una culebra de collar en las manos.

–Y yo una rana parda, de esas de patas largas... Pero, un momento, ¿dónde está Cali?

–Desapareció. Quizá los *churris* lo tengan prisionero...

Por la cabeza de todos pasa la idea de volver al Gadapaucus y rescatar al compañero. Sin embargo, el aspecto que ofrecen no es muy animoso. Mojados, embarrados y heridos parecen los últimos de Filipinas, los restos de un ejército que hubiera perdido la batalla definitiva... Pero no pueden dejar a Cali en manos del enemigo. Él jamás cometería una villanía semejante si cualquiera de ellos estuviera en una situación parecida. Deciden celebrar un consejo y tomar la decisión por mayoría.

A Quique le preocupa el zapato que ha perdido y la bronca que le espera al llegar a casa. Está dispuesto a dar la batalla, aunque sea con un pie cojo y saltando como el caballo del ajedrez. Tinín tiene un punto de vista distinto.

—No creo que Cali esté preso —dice—; los dos huimos juntos de la emboscada. Seguro que subió hacia el pueblo por otro camino.

Surgen las dudas y el gordinflón de Paco dice que siente hambre, que le duele la pedrada y que se marcha. Nano asegura que desde ahora él tiene la categoría de mutilado de guerra y es preciso que lo curen sin más dilación. Los dos se levantan con la intención de marchar y arrastrar al grupo. Quique y Pero toman la decisión tajante de volver al río.

—Los que quieran que nos sigan...

Sólo Paco y Nano quedan rezagados y regresan a Omblívicus quejándose más de lo necesario. Justificando a dúo su falta de solidaridad y de compañerismo. El resto de la pandilla se acerca con precaución al Gadapaucus sin hacer ruido. Todo está en calma y nada hace presagiar que los *churris* continúen allí.

Desde un alto, Quique otea con una amplia mirada. Nadie.

—No hay nadie —grita.

El resto del grupo se adentra entre las zarzas, adelfas y juncos. Llamam a Cali y no obtienen respuesta. Saltan de islita en islita, de charco en charco, y casi alcanzan

la otra orilla del río por donde camina un labrador con su burro.

—¡Escuche, buen hombre! —grita Rafa—, ¿ha visto, por casualidad, a un muchacho de unos doce años, alto, rubio...?

—¿De Omblívicus? —pregunta.

—¡Sí señor, de Omblívicus! —responde Juli esperanzado.

El labrador los mira y niega con la cabeza.

—¡Omblívicus no existe! —les grita, y hace como que no los ve.

—Ése es de Figueiras... —murmura Tinín—. Estoy seguro de que Cali ha vuelto por otro camino.

Tinín está en un error.

Cali había corrido como un condenado, huyendo de los cantos rodados que le silbaban cerca de las orejas, y perdido el sentido de la orientación hasta el punto de llegar a la orilla contraria sin saberlo. Cuando consideró que se encontraba lo suficientemente lejos de los *churrís*, como para no correr peligro, se dejó caer encima de la hierba húmeda, fatigado y jadeando. Tendido boca arriba contemplaba el paso de las nubes mientras escuchaba el tatan del corazón. Un segundo después ya estaba sumergido en el mundo imaginario de su fantasía siguiendo los pasos de un elefante-nube que iba al encuentro de un gigante-nube de un solo brazo. Para Cali, un unicornio contemplaba la escena entre pequeñas nubes alargadas, ligeramente rosadas o blan-

cas inmaculadas, como algodones de azúcar de feria. El baño de calor soleado contrastaba con el frescor del suelo, que le dormía la espalda. Una agradable sensación de felicidad lo empujó al sueño. Con los párpados entornados rehace el cielo, contempla o recorta figuras, y crea toda una cabalgata fantasmagórica danzando al son de tambores lejanos traído por el viento, sólo él puede escucharlas. Prendido en los brazos de semejante milagro olvida el tiempo y a los amigos.

—Te vas a enfriar...

La voz suena confundida con el rumor del agua, tan alta y lejana como las mismas nubes. A Cali le cuesta descender y centrar la mirada en el bulto humano recortado por encima de su cabeza. Es una silueta informe y borrosa que golpea, como un edificio inmenso, contra la claridad del cielo. La persona que le habla está justo detrás de él, surgiéndole de la frente, o quizá de su mismo entrecejo. Poco a poco la silueta se le hace nítida. Se trata de una muchacha de unos once años, cabello pelirrojo, dos trenzas, pecosa y sonriente, ojos azules, mirada tranquila, cariñosa... ¿Es un sueño?

—¿Cómo te llamas? —pregunta confuso.

—Susana —responde la voz melodiosa.

Como movido por un potentísimo resorte mecánico, Cali de un salto, se dobla sobre sí mismo y queda sentado en cuclillas frente a la recién llegada. Se trata de un sueño. Se ha quedado dormido a la orilla del Gadapaucus y está soñando porque delante de él tiene

a la Susana de sus fantasías, inventada para presumir ante los colegas de la pandilla. Ahora ella se inclinará y le dará un beso en los labios, casi sin rozarlos, como un suspiro. Y después se desvanecerá antes de que él despierte. Ya lo soñó otras veces.

—¿Qué te pasa? —pregunta Susana—. ¿Estás mal? Debe ser el frío de la hierba...

Cali se pellizca con todas sus fuerzas hasta hacerse daño. Le cuesta un suplicio ponerse de pie. Pero lo consigue a duras penas, entre el asombro y la incredulidad. Alarga una mano y toca una trenza a la muchacha.

—¿De verdad te llamas Susana?

—Eso me dijeron... Es un poco raro, ¿no? —ironiza.

—¿De dónde eres?

—De Figueiras...

—¡Qué fastidio..., yo soy de Omblívicus!

—¿Y qué haces a este lado del río?

—Los *churris*... bien, los de tu pueblo nos cogieron en una emboscada, a traición. Eran más de mil, armados hasta los dientes, incluso con escopetas... Huí de milagro porque me enfrenté con su jefe y, después de tumbarlo de un solo puñetazo, tuve que poner tierra por medio y despistar a los seis que pretendían atraparme. Todos mayores, de catorce años..., puede que más...

—Vaya bola... Os atacaron los de la pandilla de mi hermano Sebastián. Son unos salvajes, pero sólo son siete y no tienen escopetas... ¿Cómo te llamas?

–Bueno, ya sabes que en esto de la guerra siempre hay que exagerar un poco. Cuestión de oficio, ¿entiendes?... Me llamo Cali... ¿Qué estudias?

–Sexto.

–¿Qué tal las *mates*?

–Bien, se me dan bien.

–¿Y las *socis*?

–Mejor. Sociales es mi asignatura preferida.

–¡Qué suerte!

–Tengo que marchar.

–¿Tan pronto?

–Es la hora de comer... Me alegra haberte conocido...

–¿Nos vemos otro día y hablamos de *socis*? Yo estudio séptimo...

–Vale..., ¿cuándo?

–El sábado, que no hay clase.

–De acuerdo, y me cuentas cómo es Omblívicus...